



Francisco Alfaro Pareja
(Venezuela)

**Bolívar, el hombre
de las
capacidades.
El héroe y su
resignificación en el
imaginario colectivo**

***Bolívar, the man of
the capacities.
The hero and his
redefinition in the
collective
imaginary***

Francisco Alfaro Pareja

Dr. en Estudios Internacionales de Paz,
Conflictos y Desarrollo -Universidad Jaume I de
Castejón, España. Politólogo-UCV.
Investigador Externo del Instituto de
Investigaciones Históricas-USB.
franciscoalfaropareja@gmail.com

Fecha de recepción: 14/09/2017
Fecha de aprobación: 10/10/2017
Fecha de recepción versión final: 22/02/2018

Bolívar, el hombre de las capacidades. El héroe y su resignificación en el imaginario colectivo

Francisco Alfaro Parejo

Instituto de Investigaciones Históricas - USB

Resumen:

Simón Bolívar es la figura más mitificada en la historia de Venezuela, con consecuencias fundamentales en la generación de imaginarios colectivos. El culto al héroe o la satanización del villano, propio de la historia oficial o patria, nos aleja del examen riguroso y equilibrado de los actores, entre ellos Bolívar como figura estelar. Esta historia es incompleta, tendenciosa y su finalidad no es el esclarecimiento de los hechos históricos en sí, ni de sus protagonistas. Por el contrario, acercarnos al hecho histórico desde la perspectiva del Giro Epistemológico formulada por Muñoz (2001), entendiendo los conflictos como parte de las interacciones humanas, en las cuales los actores tienen capacidades para potenciar la paz y la violencia, permite deconstruir el mito de los héroes y reconstruirlos desde sus capacidades como seres humanos. En el siguiente artículo se examina la actuación de Bolívar, a la luz de sus capacidades desarrolladas en el conflicto por la Independencia de Venezuela. Se muestra cómo Bolívar potenció, entre 1811 y 1830, capacidades para regular conflictos por vías pacíficas y por vías violentas, tal como lo hicieron otros actores del bando patriota o realista y que, en ocasiones, han sido estigmatizados o satanizados como villanos. En síntesis, se pretende contribuir a la resignificación de Bolívar como héroe y reconocerlo como hombre con capacidades para la paz y para la violencia.

Palabras claves: Bolívar, héroe, mito, conflictos, paz y violencia imperfecta, capacidades.

Abstract:

Simón Bolívar is the more mythicized figure in the History of Venezuela. It has generated consequences in the creation of collective imaginaries. The hero's cult or the villain's demonization, developed by the Official or National history, move us away from the systematic and equilibrated exam of the actors and, specifically, from Bolívar as the main starring. This version of the history is incomplete and partisan; its main objective is not to elucidate the facts or the actor's actions. On the other hand, a different approach to the history from the Epistemic Change proposed by Muñoz (2001), understanding the conflicts as human being's interaction where actors could promote peace or violent capacities, could allow deconstruct the myth of the heroes and rebuild their capacities as human beings. This article exams the Simon Bolívar's capacities developed during the Independence conflict in Venezuela. Here it's shown how he promoted, between 1811 and 1830, capacities for peace and violence to manage conflicts; as well it was done by some others actors of the patriot or the royal party who tend to be stigmatized or demonized as villains. In summary, it is pretended to contribute with the redefinition of Bolívar as hero and rebuild him as a man with capacities for peace and violence.

Keywords: Bolívar, hero, myth, conflicts, imperfect peace and violence, capacities.

Introducción

Simón Bolívar es, sin lugar a dudas, el personaje más mitificado por la historia oficial o historia patria de Venezuela. Dicha mitificación va desde el relato de sus acciones, hasta su representación gráfica en obras de arte y en la literatura. En general, sus acciones u omisiones son relatadas como actos heroicos o siempre justificables, independientemente de sus causas, sus medios, el contexto, el momento histórico, los motivos de los otros (bien fueran realistas o incluso copartidarios republicanos e independentistas) y de sus consecuencias. El conflicto independentista es el relato estelar, donde las acciones de Bolívar se presentan como incuestionables. Es el héroe y a él le debemos lo que somos. Si bien la mitificación lo afecta de manera principal, es producto de una mitificación inicial o macro: la de la gesta independentista, entendida, por cierto, bajo el término simplista de guerra. Esta ha sido la versión promovida desde la historia oficial o patria.

Importantes aportes ha hecho la historiografía venezolana en los últimos cuarenta años para analizar y ampliar de manera rigurosa el desempeño de Bolívar, no solo como líder político, filosófico e intelectual del proyecto independentista y fundacional republicano, sino también en otras áreas. Sin embargo, al igual que la historia oficial, la historiografía peca al definir el conflicto independentista como «guerra», con lo cual reduce dicha disputa a su canalización violenta a lo largo de su duración y a sus figuras estelares, entre ellos Bolívar, a la promoción de una serie de hechos heroicos.

Para comprender los conflictos en la historia, desde un punto de vista más complejo, se recurre al Giro Epistemológico que permite entenderlos como dinámicas naturales en las interacciones de los seres humanos; la paz y la violencia como un asunto de potenciación de capacidades, en la búsqueda de satisfacer necesidades, intereses y objetivos; y la historia como un conjunto de acciones humanas donde las dinámicas pacíficas han sido mayoritarias a pesar de la violencia. A partir de esta visión es posible desmitificar la grandeza del héroe (y también al villano en cuanto a su crueldad), entendiéndolo como una persona en la potenciación de sus capacidades, en ocasiones violentas y en ocasiones pacíficas, para la regulación de conflictos.

En ese sentido, y sin desmerecer el ingente esfuerzo que implicó la independencia de cinco países en el siglo XIX (no solo como proyecto sino como empresa desde el punto de vista político, jurídico, social, económico y logístico) y el papel principal de Bolívar en su promoción y ejecución, es importante reconocer en su justa medida a este personaje desde el desarrollo de sus capacidades para el logro de objetivos e intereses.

Este trabajo examina algunas de las regulaciones de conflictos más reputadas de Simón Bolívar en la disputa independentista venezolana desde el Giro Epistemológico, a los fines de:

a) contribuir a su desmitificación (y a la de sus contrincantes); b) entenderlo como un ser humano con capacidades para la paz y la violencia que fomentó en determinados momentos; c) equilibrar el desfase epistémico entre sus acciones reales y su presencia en nuestra conciencia histórica.

Conflictos, historia y capacidades a la luz del Giro Epistemológico

Tradicionalmente se suele identificar el conflicto como una dinámica negativa o inconveniente en las relaciones humanas. Sin embargo, los conflictos son dinámicas naturales a las interacciones de los seres vivos y de estos con su entorno. El historiador y filósofo español Francisco A. Muñoz, plantea una propuesta filosófica para acercarse a esta dinámica desde un Giro Epistemológico¹. Muñoz (2001:34) entiende los conflictos como la interacción de los intereses de seres vivos en el desarrollo de sus potencialidades, que en su intento por perpetuarse como individuos frente a la muerte y como especie frente a la extinción, pretenden utilizar en su beneficio los recursos y la energía disponibles en su entorno. Este enfoque permite alejarse de la tradicional identificación del conflicto con la violencia. En ese sentido, los conflictos no son ni positivos ni negativos. Es la forma en que se gestionan o regulan dichos conflictos, lo que dará como resultado más paz o más violencia.

Al examinar los conflictos a la luz de la historia, el Giro Epistemológico abre otra posibilidad al hacer palpable la realidad pacífica que, quizá por obvia o por cotidiana, fácilmente ha sido difícil de ver y de asumir cognitivamente como paz. Se asume entonces la paz como un fenómeno imperfecto, un fenómeno ya presente pero inacabado y en constante desarrollo. No es un cambio en la paz, es un cambio en nosotros. La paz siempre ha estado presente. Lo que sucede es que deja de ser vista como una aspiración, como un ideal inalcanzable, como algo puro y se asume con un proceso en constante desarrollo. Al asumir la paz como imperfecta, como fenómeno que interactúa y fluye en nuestra cotidianidad, es posible palparla y desmontarla fácilmente del altar inútil en donde se encontraba. Se asume que la paz no es una divinidad, sino una forma de regular los conflictos. La paz imperfecta, rescata los momentos, actores y espacios de paz presentes en todo momento, los destaca y les da su justo peso para nivelar el desfase epistemológico que existe frente a la violencia en el imaginario colectivo.

Cuando se habla de paz y violencia se piensa usualmente en estados pasivos o no dependientes de la voluntad humana: el primero siempre presente en las páginas de la historia; el segundo ideal pero inalcanzable para los seres humanos. Sin embargo, otro aporte del Giro Epistemológico es que contribuye a comprender que la violencia y la paz no son estados sino dinámicas imperfectas que dependen de la potenciación de las capacidades humanas. Y es que

¹ Entendido como el cambio de perspectiva en la forma de conocer y pensar en occidente: abandonar el paradigma dominante que parte del etnocentrismo y del maniqueísmo y pasar a pensar desde la paz y no desde la violencia, desde la ética del discurso y no desde la imposición.

los seres humanos pueden optar (y de hecho lo hacen) entre la utilización de la violencia o la paz para regular los conflictos. Se superan así los antiguos dilemas sobre si el hombre es bueno o malo por naturaleza, si es la sociedad la que lo llena de virtud o lo pervierte, o si determinadas personas son pacíficas o violentas.

Finalmente, con el Giro Epistemológico es posible superar la vieja sentencia de Karl Marx que señala que la violencia es la partera de toda sociedad vieja preñada de una nueva (Citado por Jiménez Arenas y Muñoz, 2012:7-9). De hecho, los análisis históricos tradicionalmente han seguido este patrón centrando su atención en lo no cotidiano, en el suceso que provoca ruptura con la cotidianidad (Muñoz y otros, 2005:88). Uno de esos eventos que provoca ruptura con lo cotidiano es el uso de las regulaciones violentas para dirimir conflictos por parte de las personas, tanto de manera individual como de manera colectiva. Por ello las páginas de la historia están teñidas de hechos de guerra, de violencia, de actos heroicos y de un estigma chauvinista. Todo esto a pesar de que la mayor parte del tiempo los pueblos ha convivido en paz o han regulado sus conflictos de manera pacífica. En ese sentido, y siguiendo a Jiménez Arenas y a Muñoz (2012:67), es posible afirmar que los conflictos y la paz han sido los motores de la historia, sin los cuales no existiría la especie humana y la cultura generada por ella.

En Venezuela, el conflicto de mayor impacto en el imaginario político ha sido el de la independencia, tanto por su extensión en el tiempo, como por su complejidad y significación en la estructuración fundacional de la república. Aunque se ha configurado todo un imaginario simplista de heroicidad guerrera del lado patriota y de insensatez o perversidad del lado realista, la violencia nunca fue absoluta ni unilateral. Implicó la interacción permanente entre regulaciones violentas y pacíficas de parte de ambos bandos. No obstante, la mayoría de los estudios sobre este tema han dejado de lado los espacios, momentos y actores de paz que desarrollaron sus capacidades a lo largo del conflicto, optando por un relato que tiende a destacar la violencia. Este vicio está presente, no solo en aquellos relatos desarrollados desde la llamada historia oficial o nacional sino en algunos presentados desde la propia historiografía. Esto ha traído como consecuencia, siguiendo la propuesta teórica del historiador Germán Carrera Damas (2005), un desfase epistemológico entre el momento histórico y la conciencia histórica de los venezolanos, que les hace pensar que su acta fundacional como república fue solo producto de la guerra, la sangre, la heroicidad y la muerte.

La historia de estos conflictos ha sido escrita desde la historia oficial y desde la historiografía. La primera se refiere a la historia gestionada desde el poder político del Estado-Nación en cuestión. Se vale del uso selectivo y aislado de fragmentos del pasado histórico, del pensamiento de uno que otro pensador o “héroe”, para justificar en el poder a quien la gestiona. En el caso venezolano, la «historia oficial» da cuenta de una serie de desviaciones, carencias u omisiones debido a:

[...] la excesiva carga narrativa y la atención casi exclusiva al tema de las batallas y al desempeño y proezas de los patriotas; la persistencia de una oferta

historiográfica lineal, cronológica, descriptiva y carente de análisis que privilegia los episodios y desatiende los problemas; la presentación maniquea y simplista de los hechos como una confrontación entre bandos irreconciliables [...] (Quintero, 2003:374).

Por su parte, la historiografía es intersubjetiva, porque surge de la interpelación dialógica de las formas en que ha sido contada la historia misma. Su interés es el esclarecimiento del hecho histórico en sí. En ese sentido, tiende a crear coherencia y orden porque acentúa la coincidencia entre la conciencia histórica y el momento histórico. Sin embargo, y a pesar de su metodología integral, al abordar específicamente el conflicto por la independencia, los historiadores tienden a definir aún este proceso como una «guerra».

Esta es una de las grandes limitaciones de la historiografía política venezolana en la actualidad. Ya Carrera Damas planteaba una crítica en la misma tónica: “[...] el conflicto de la independencia se trata de un proceso político del cual la guerra es una de sus expresiones [...]” (Carrera Damas, 1983:18-20). Más recientemente, Carrera Damas (2010:97-106) ha utilizado el término «disputa» para distanciarse del simplismo del término guerra y explicar la complejidad de este proceso tan definitorio de nuestro imaginario y devenir. Es por ello fundamental, señala Martínez Guzmán (en López Martínez, 2004:411-413), partir de un Giro Epistemológico que permita potenciar un reconocimiento de las paces en la historia y darle un justo peso a la violencia, con una visión imperfecta, frente a la historia que solo analiza los hechos políticos bajo el lente violentológico y que tiende a presentarse como “perfecta”.

La historia de la paz, tal como la plantean Francisco A. Muñoz y Mario López Martínez (2000:15-49), se presenta como aquella alternativa que reconoce y destaca, por una parte, las regulaciones y transformaciones pacíficas de los conflictos del pasado, todos los factores y actores involucrados en ellas y, por otra, sus interacciones con las expresiones de violencia. A la luz de *Historia de la paz*, el término que mejor responde a la complejidad del proceso independentista es el de «conflicto», no solo porque reconoce la interacción permanente entre paz y violencia, sino porque asume a sus actores como agentes con capacidades para ambas dinámicas.

Del mito del héroe a las capacidades del hombre

Uno de los vicios más extendidos de la historia oficial es la mitificación de los líderes del bando patriota y la satanización del bando realista. En el conflicto independentista, el ejemplo icónico de culto al héroe es el de Simón Bolívar como padre de la patria, referente fundamental de nuestra historia. Por una parte, tergiversa la visión a la hora de recrear de manera rigurosa la historia de las acciones emprendidas por él; por otra, genera un desfase epistemológico entre lo que realmente hizo en vida (momento histórico) y lo que los venezolanos pensamos que hizo (conciencia histórica); finalmente, ha servido como punto de apoyo para justificar en su nombre el accionar de líderes en pro de determinados proyectos políticos, en supuesta continuidad con su legado inconcluso. El siguiente autor señala que:

[...] Al transformarse ese culto de su original condición de *un culto del pueblo* en *un culto para el pueblo*, adquirió la magia que le permitió ser utilizado como piedra de toque para validar los ejercicios, concurrentes o adversos, de la vida toda de los venezolanos, gracias a una ambivalencia cultivada [...]. (Carrera Damas, 2005:1)

Así, las acciones u omisiones de Bolívar son relatadas como actos heroicos o siempre justificables independientemente de sus causas, sus medios, el contexto, el momento histórico, los motivos de los otros (bien fueran realistas o incluso copartidarios republicanos e independentistas) y de sus consecuencias. Bolívar es el hombre de las dificultades, puesto que cuando se le presentaron pudo sortearlas de manera sobrehumana. Deconstruir el mito de Bolívar desde las capacidades podría realizarse desde distintos ámbitos de su vida en los que se haya visto en la necesidad de regular conflictos. Sin embargo, en este estudio se ha optado por abordar solo aquellas referidas a la regulación de diatribas relacionadas con el conflicto por la independencia de Venezuela, donde su participación fue estelar y las consecuencias de sus actos de mayor impacto.

A lo largo del conflicto, Bolívar fue promotor, planificador y ejecutor de acciones pacíficas y violentas, desde las más extremistas hasta otras formas más moderadas. Ninguna de ellas totalmente perfecta y siempre en interacción con otras. En el caso de la independencia, las regulaciones pacíficas fueron más extendidas a nivel temporal y a nivel geográfico. Es decir, que la mayor parte del tiempo los personajes protagónicos del conflicto a nivel político y militar, así como la población en general, emplearon sus capacidades pacíficas para canalizar diferencias, promover intereses y alcanzar objetivos.

En el caso de Bolívar, la historia oficial, y en algunos casos la historiografía, se ha encargado de justificar sus acciones violentas en pro del proyecto independentista y liberador de los pueblos, minimizando o tratando de manera tangencial las pacíficas. Y aquí hay dos disquisiciones que es importante hacer sobre la independencia antes de continuar: una de fondo y otra de forma. La independencia representa en sí misma una reivindicación de paz, no solo por su fuerza moral sino por la fortaleza que adquieren cuando quedan plasmadas y acordadas jurídicamente, tanto en el Derecho Internacional como en los Derechos Humanos. Desde el punto de vista del Derecho Internacional, los pueblos tienen derecho a la secesión cuando han sido o son primordialmente sometidos a dominación colonial. Desde los Derechos Humanos, los pueblos afectados tienen derecho a la libre determinación (Alfaro Pareja, 2014:41-46). Si se lee brevemente uno de los párrafos del Acta de Independencia de Venezuela, se observa que ya los patriotas se basan en la reivindicación de este derecho que se institucionalizará formalmente en el Derecho Internacional y los Derechos Humanos en el siglo XX:

[...] No queremos, sin embargo, empezar alegando los derechos que tiene todo país conquistado, para recuperar su estado de propiedad e independencia; olvidamos generosamente la larga serie de males, agravios y privaciones que el

derecho funesto de conquista ha causado indistintamente a todos los descendientes de los descubridores, conquistadores y pobladores de estos países, hechos de peor condición, por la misma razón que debía favorecerlos; [...].

En ese sentido, desde un enfoque de fondo, Bolívar puede ser considerado como impulsor de una reivindicación de paz negativa, positiva y cultural en el conflicto independentista. Sin embargo, desde el punto de vista de las formas en que promovió dicha causa, la evaluación es más compleja. Los seres humanos tienen la capacidad de promover acciones de paz (negativa, positiva y cultural), así como de violencia (directa, estructural y cultural)², en interacción imperfecta. Bolívar, al igual que la mayor parte de los actores protagónicos del conflicto, independientemente del bando en el que militaron, potenciaron sus capacidades para impulsar estos tipos de dinámicas en diversas circunstancias y ocasiones.

Desde el Congreso que se instala en 1811 y que deriva en la declaración de Independencia de Venezuela el 5 de julio, Bolívar milita en el bando que promueve la secesión y el modelo liberal y republicano, algo totalmente radical si se toma en cuenta que el modelo monárquico imperante hasta entonces partía del absolutismo, el Buen Orden (García Pelayo en Straka, 2000:106) y el honor (Straka, 2000:51). Por ello, la promoción de este proyecto generaría violencia por ser diametralmente opuesto al monárquico imperial en el logro de los objetivos.

Desde el punto de vista de la violencia directa y cultural, entre 1811 y 1812, bajo las órdenes del general Francisco de Miranda y a partir de 1813 bajo el título de Libertador, Bolívar dirige ejércitos que a través de la violencia promueven la secesión. Son diversas las acciones armadas que dirige en esos años, siendo la Proclama de Guerra a Muerte, quizá la mayor expresión de violencia cultural en el bando patriota a lo largo del conflicto independentista. Bolívar redacta en Trujillo (Estado Trujillo, Venezuela), el 15 de junio de 1813, esta proclama en un intento por internacionalizar y formalizar la guerra entre españoles y americanos y relacionar con esto las diferencias entre los bandos realista y patriota. No será tan efectivo en este logro, pero sus consecuencias de carácter genocida agudizarán la violencia directa y la crueldad al menos hasta el año 1820. Algunos fragmentos de la *Proclama de Guerra a Muerte* expresan lo siguiente:

[...] Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo y castigado como

² Las acciones de paz positiva son aquellas que disminuyen la violencia estructural, es decir, las condiciones desfavorables o discriminatorias hacia una persona o grupo de la población. Las acciones de paz negativa son aquellas que disminuyen o evitan la violencia física directa sobre una persona o grupo. Finalmente, las acciones de cultura de paz son aquellas que promueven la tolerancia, el respeto y la convivencia de personas o grupos a pesar de sus diferencias. Por su parte, las acciones de violencia directa son aquellas que generan daño físico directo a una persona o grupo de la población. Las de violencia estructural son aquellas que promueven condiciones desfavorables o discriminatorias sobre personas o grupos sociales y que se asienta en las bases del sistema político, social y económico de un pueblo, nación o estado. A diferencia de la violencia directa que implica daño físico directo y expreso, la violencia estructural tiene que ver con el funcionamiento de la estructura y puede terminar generando determinados tipos de violencia directa. Finalmente, las culturales son aquellas acciones de violencia verbal y axiológica que justifica determinados tipos de violencia directa (Galtung, citado por Calderón Concha, 2009: 60-82).

traidor a la patria, y por consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas [...]

[...] Españoles y Canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos, contad con la vida, aún cuando seáis culpables [...] (Bolívar citado por Pérez Vila, 1986: 21-22).

La guerra a muerte de Bolívar será correspondida por la Guerra de Colores o contra los Blancos que emprende el caudillo realista José Tomás Boves, quien seguía su paso acelerado hacia los principales bastiones patriotas. En una proclama lanzada durante la Batalla de San Mateo, el 5 de abril de 1814, Boves (citado por De Armas Chitty, 1992: 121-122) insistía que el único responsable del horror, los males y la esclavitud que vive Venezuela era Bolívar y su Proclama. Para Bolívar era difícil entender cómo la mayor parte de la población en Venezuela respaldaba la causa realista que era monárquica frente a un proyecto que buscaba promover la independencia, la república, la soberanía popular y las libertades. No contaba Bolívar que su proyecto no había sido lo suficientemente incluyente con respecto a los demás estamentos de la sociedad colonial. Asimismo, el proyecto impulsado por Boves ofrecía la posibilidad a los estamentos más desfavorecidos de beneficiarse socialmente a través de los méritos de guerra o, al menos, económicamente mediante los saqueos y el pillaje. Aunque estas eran –y todavía hoy lo son– prácticas comunes en los conflictos con altos grados de violencia, en Venezuela representaron la posibilidad clara de desintegrar el modelo de estratos sociales y de desmontar la estructura económica esclavista a través de una Guerra a Muerte contra el hombre blanco, principalmente el criollo mantuano y propietario. De allí, que el personaje más satanizado de nuestra independencia, José Tomás Boves, es uno de los primeros en impulsar el desmontaje de la violencia estructural que representaba la sociedad colonial de más de 300 años, a través de acciones de paz positiva. Todo ello a pesar de ser, simultáneamente, uno de los mayores promotores de violencia directa y cultural.

Como firmante de la primera Constitución de Venezuela en diciembre de 1811, Bolívar respalda un documento que formalizaba el decreto de independencia del Imperio español, eliminaba los privilegios reales, implementaba la forma de Estado republicano en la que la soberanía se traslada al pueblo y se ejercía a través de representantes electos y establecía principios de protección y valoración del individuo frente a los abusos del absolutismo. La influencia de la Constitución de 1811 será definitiva en la promoción de paces negativas y positivas en la Venezuela que apenas se consolidaba.

A pesar de que dicho texto busca mejorar las condiciones de la estructura al promover el principio republicano de soberanía del pueblo y los valores liberales tales como de la defensa del individuo y su racionalidad, el sector del mantuanaje al que representaba Bolívar y que había sido su principal promotor, no concibe el pueblo como a la totalidad de los pobladores de la provincia de Venezuela. En ese sentido, esta visión restrictiva para los sectores más desposeídos de la sociedad colonial, podría ser vista aún como una forma de violencia estructural. Para Bolívar será crucial el aprendizaje a la fuerza derivado de los primeros años del conflicto, para darse cuenta de la importancia de promover la emancipación como una

causa incluyente para los diversos estratos de la población, en donde se conciliaran los ideales con las mentalidades, los intereses de los mantuanos con los de los sectores inferiores de la cadena, aquello que permitiría consolidar el proyecto independentista y quebrar parcialmente la violenta estructura de la sociedad colonial.

Será solo posterior a su viaje a Puerto Príncipe, durante su segundo exilio, cuando Bolívar en encuentro con el presidente de Haití, Alejandro Petión, el 2 de enero de 1816, parece haber redireccionado su pensamiento en cuanto a la concepción de la organización de la sociedad, la economía esclavista y la participación de otros grupos en el conflicto, como forma de violencia estructural. De ahí sus Decretos del 2 de junio y del 6 de julio de 1816 respectivamente. En el primero, pronunciado en Carúpano a su regreso a Venezuela, Bolívar señala lo siguiente:

[...] Decreto la libertad absoluta de los esclavos que han gemido bajo el yugo español en los tres siglos pasados. Considerando que la República necesita de los servicios de todos sus hijos, tenemos que imponer a los nuevos Ciudadanos las condiciones siguientes:

Artículo primero. Todo hombre robusto, desde la edad de catorce hasta los sesenta años, se presentará en la parroquia de su Distrito a alistarse en las banderas de Venezuela, veinte y cuatro horas después de publicado el presente decreto [...]

[...] Artículo tercero. El nuevo Ciudadano que rehuse a tomar las armas para cumplir el sagrado deber de defender su libertad quedará sujeto a la servidumbre, [...] (Bolívar citado por Lecuna, 1982: 2578-2579).

En este sentido, Bolívar parece haber comprendido la fórmula para que el proyecto patriota tuviera éxito en Venezuela, lo cual se podría asumir como una medida interesada y condicionada de violencia directa para la promoción de paces positivas. Straka (2000:35) sostiene la tesis según la cual el éxito de cada uno de los bandos (realistas o patriotas) en sus respectivos momentos, fue producto de conciliar su ideario con las mentalidades de un colectivo que inicial y mayoritariamente los adversó. No obstante, y a pesar de los decretos y proclamas de Bolívar, ya en 1815 existía un hombre en Venezuela que, en ausencia incluso de los más connotados líderes patriotas, asumió la responsabilidad de mantener firme las banderas republicanas en las zonas llaneras del país, aplicando de facto estas prácticas anti-esclavistas y de igualación social siguiendo parte del estilo de José Tomás Boves muerto en batalla. Ese era José Antonio Páez.

Así, se inicia un proceso paulatino de inclusión de los grupos sociales más bajos y de sus aspiraciones a la causa patriota; existe un nuevo caudillo que sustenta esta incorporación bajo esta bandera y a partir de 1816, el principal líder del partido republicano, Simón Bolívar, legitima esta forma de inclusión y crea un puente entre los estratos inferiores y los sectores criollos, mediante el llamado a una nueva visión de la ideología republicana: *el ejercicio armado de la virtud* de todos los estratos sociales tal como la define Straka (2005:85). Bolívar entenderá que la defensa de la patria ya no es solo una causa de los mantuanos, sino un ejercicio activo de todos los grupos sociales venezolanos. Pero también comprenderá que, después de dos

repúblicas perdidas, a los estamentos más bajos no solo les bastará con incluirlos en el ejército republicano bajo la idea de “patria”, sino que es necesario que puedan acceder a sus aspiraciones de libertad, igualdad y bienestar social a través de la acción armada. Así, la virtud armada, manifestada como valor, audacia, arrojo, acciones heroicas, espíritu de abnegación, sacrificio al propósito colectivo y a la patria, fungirá a su vez como mecanismo de ascenso social.

Este divorcio inicial entre los valores del republicanismo que defendían los mantuanos y las reivindicaciones y aspiraciones sociales y económicas de los estratos más bajos de la sociedad colonial se refleja en el testimonio de Páez quién, en su *Autobiografía*, reseña el testimonio del primer encuentro entre el teniente Pedro Camejo, alias Negro Primero, y Bolívar. Señala Páez que en esta conversación Bolívar le preguntó a Camejo:

- [...] – ¿Pero qué lo movió a V. á servir en las filas de nuestros enemigos?
 – Señor, la codicia.
 – ¿Cómo así? preguntó Bolívar.
 –Yo había notado, que todo el mundo iba á la guerra sin camisa y sin una peseta y volvía [...] después [...] vestido con uniforme muy bonito y con dinero en el bolsillo. Entonces yo quise ir también a buscar fortuna y más que nada conseguir aperos de plata [...].
 – Dicen, le interrumpió Bolívar, que allí mataba V. las vacas que no le pertenecían.
 – Por supuesto, replicó, y si no ¿qué comía? En fin vino el mayordomo -así me llamaba a mí- (señala Páez) al Apure, y nos enseñó lo que era la patria y que la diablocracia³ no era ninguna cosa mala, y desde entonces yo estoy sirviendo a los patriotas [...] (Páez, 1990:46).

En ese sentido, este primer conflicto entre Bolívar y Páez por el liderazgo del bando patriota será saldado con regulaciones pacíficas que permiten que el segundo se someta al primero por una década, al menos hasta 1826.

A mediados del año 1820, realistas y patriotas comienzan a establecer contacto para buscar una salida que permita regular el conflicto por vías pacíficas o, en su defecto, menos violentas. Siete años de Guerra a Muerte habían generado desgaste en ambos bandos, producto de la maximización de violencia directa y cultural en comparación con las regulaciones pacíficas, las cuales se manifestaron fundamentalmente en forma de paces positivas a lo interno de cada bando, pero no en el conflicto entre ambos. El cambio de actitudes radicales por otras más moderadas en los principales líderes del conflicto, en este caso Bolívar, por los patriotas, y Pablo Morillo, por los realistas –quien había arribado en 1815 a Venezuela– repotenciará las regulaciones de paz negativa y cultura de paz.

³ Término que utilizaban los realistas para referirse al proyecto independentista y republicano que contravenía los valores del Buen Orden, encabezado por el Rey como representante de Dios en la Tierra.

Las capacidades para la paz se centrarán ahora alrededor de los valores del liberalismo. Si bien Bolívar, sigue promoviendo la independencia y la república en contra de la adscripción al Imperio español, coincide con el nuevo gobierno instalado en la Península en su vocación liberal en torno al respeto del individuo, su integridad y racionalidad y la preocupación por reducir los niveles de violencia. Así, impulsa junto a Morillo el Tratado de Regularización de la Guerra, que se suscribe el 26 de noviembre de 1820 y representa el precursor del Derecho Internacional Humanitario en Occidente y de la Cruz Roja Internacional (Lara, 1996: 80-94). Aunque es Antonio José de Sucre quien redacta este Tratado y otro de armisticio suscrito el día anterior, quien firma el documento es Bolívar por parte de los independentistas.

Sabiéndolo o no, la consecución de un tratado para regular la guerra, no es solo una «mediación» que facilita la consecución de otras regulaciones pacíficas, sino que al mismo tiempo representa un documento de paz positiva, porque reduce los niveles de violencia y potencia la paz. El Tratado impulsa la creación de un instrumento jurídico súper avanzado con el cual se pone fin definitivamente al derecho de hacer la guerra sin límites y, se dan pasos hacia una reglamentación del conflicto bélico. Segundo, se genera una suerte de empatía, ya que los líderes de ambos bandos comienzan a considerar el sufrimiento de su contraparte, así como el del sector de los no combatientes. Esto representa un gran paso, ya que la generación de empatía va más allá de la simple otredad, y en el caso del conflicto por la Independencia de Venezuela, dicha sensación se había perdido con la llamada “Guerra a Muerte” que deshumanizó al contrincante e involucró de manera coercitiva a sectores de la sociedad no interesados en participar de la contienda. Tercero, con este tratado que reduce la violencia estructural dentro del conflicto, se potencia automáticamente la paz positiva, lo cual abona el camino para el reencuentro, una vez cesasen las regulaciones violentas y estuviesen menos saturados de la carga emocional negativa que generan los actos sanguinarios y de crueldad.

Los postulados de protección a la población civil, el respeto a los prisioneros, el buen trato e intercambio de los heridos de ambos bandos y a los espías capturados son aplicados a partir de entonces en las Batallas de Carabobo, Lago de Maracaibo, Junín, Pichincha y Ayacucho. De este modo, aunque la violencia directa se mantiene en los campos de batalla y posteriormente en la persecución de bandas realengas de guerrilleros realistas hasta 1831, la violencia cultural se reduce en términos generales.

Finalmente, y no menos importantes, son las capacidades para la violencia y la paz desarrolladas por Bolívar para canalizar los conflictos a lo interno del bando patriota. Es importante señalar que el proceso de definición del liderazgo en este grupo del conflicto demoró casi siete años, entre 1810 y 1817, período en el que se perdieron dos proyectos republicanos. Los más destacados son aquellos que enfrentó Bolívar con Francisco de Miranda en 1812, Santiago Mariño en 1814, Manuel Piar en 1817 y José Antonio Páez en 1816 y entre 1826-1830, por la definición del rango y legitimidad de la élite de poder en la nueva estructura estatal que buscaba instalarse.

El primer caso es el de la entrega de Francisco de Miranda al comandante realista Domingo Monteverde luego de la firma y traición de la capitulación del 25 de julio de 1812. Si bien este hecho nunca ha quedado (o no ha querido ser) esclarecido, la historia oficial ha evadido este difícil entuerto y, en ocasiones, ha puesto en duda el accionar de Miranda para salvar a Bolívar. Porque ¿cómo entender que el Libertador y un grupo de patriotas hayan entregado o contribuido a la entrega del Precursor a las autoridades realistas? Más aún cuando una de las causas de la capitulación fue la pérdida del Fuerte de Puerto Cabello que se encontraba bajo la dirección de Bolívar.

La traición a la capitulación por parte de los sectores más radicales de ambos partidos y el encarcelamiento de Miranda fue un hecho que disminuyó los niveles de confianza a su mínima expresión. Curiosamente, entre estos sectores radicales se observó una extraña regulación pacífica cuando Monteverde indultó a dos de los que entregaron al Generalísimo y a Bolívar le otorga pasaporte al exterior. Según testimonio recogido por Waldo Frank, Bolívar exclamó ante el líder realista “[...] Ayudé al arresto del general Miranda con la idea de castigar a un traidor, no para hacer un servicio al rey [...]” (Bolívar citado por Frank, 2006:67). Sin embargo, Bolívar, fue dejado libre embarcando hacia Cartagena. Francisco de Miranda moriría en una celda de La Carraca, en Cádiz-España, el 14 de julio de 1816.

Una vez que Bolívar asume el liderazgo de la Segunda República posterior a la Campaña Admirable en 1813, se genera un conflicto crucial a lo interno del bando patriota: el de la legitimidad, la legalidad y el monopolio de la fuerza por parte del gobierno del Estado. Desde un principio, Bolívar entiende que debe encarar el asunto de darle legitimidad y legalidad a su poder en una sociedad que en su mayoría no veía con buenos ojos el proyecto republicano, más aún después del fracaso del primer ensayo. Según Carrera Damas (1962: 382-385), aunque había dos fórmulas para abordar estos problemas entre los líderes e intelectuales patriotas que eran la continuación del “Hilo Constitucional” o la continuación del “Hilo Dictatorial” dejado por Miranda, lo que sí era cierto es que cada una de las propuestas parecía mucho más la legitimación de una situación de hecho (la toma violenta del poder por parte de Bolívar y su ejército) que el resultado de un acto legal. El ahora Libertador decide darle continuación al gobierno dictatorial de Miranda y se inicia así la llamada “primera dictadura de Bolívar”. Pero ¿gozaba Bolívar de una legitimidad absoluta entre todos los líderes patriotas de Venezuela para erigirse como dictador?

Esta naciente república tenía otra debilidad: la unidad de mando y el reconocimiento de una única y máxima autoridad. De hecho, existían al menos dos repúblicas y varias realidades, producto de la interacción de dos conglomerados sociopolíticos diferentes geográficamente, deslindados por la economía, por la distancia y por las personalidades de sus jefes políticos y militares. En occidente, la nueva república estaba formalmente liderada por Bolívar y terratenientes de la élite de Caracas y de los Andes. En oriente, el partido patriota estaba liderado por Santiago Mariño, y una élite diversa de Cumaná, Barcelona, Maturín y Margarita (Valarino de Abreu, 2003: 74-75). El reconocimiento de Bolívar como máxima autoridad por parte de Mariño, solo ocurrirá hasta después de la finalización de la Primera Batalla de

Carabobo, en mayo de 1814 (Estévez González, 2004:76). Aquí Bolívar, al igual que Mariño, potencia sus capacidades para regular pacíficamente este conflicto.

Pero el segundo proyecto republicano, también será breve. La estrepitosa derrota de los patriotas en la segunda Batalla de La Puerta, el 15 de junio de 1814, sentencia la muerte de la Segunda República a manos de los realistas, provocando la dispersión de los principales jefes patriotas. Bolívar decide entonces emprender desde Caracas la llamada Emigración a Oriente, llevando consigo a la cuarta parte de la población de esta ciudad, ante la inminente ofensiva realista. La derrota patriota en Aragua de Barcelona (batalla que se caracterizó por la muerte del ochenta por ciento de sus participantes entre los cuales estaban hombres, mujeres, niños y ancianos) y la pérdida de apoyo de efectivos desde la Nueva Granada, hacen que Bolívar salga nuevamente de Venezuela, ahora junto a Mariño, lo cual les genera la pérdida de legitimidad.

Esta salida de Bolívar le implicará críticas, ilegitimidad e insubordinación por parte de otros patriotas tales como Manuel Piar, que se había convertido en un importante caudillo en la zona de Guayana, la que prácticamente liberó en su totalidad del poder realista al sur del Orinoco. El conflicto con Piar es otro de los episodios usualmente poco examinado por la historiografía e ignorado por la historia oficial, fundamentalmente por el destino fatal que sufre el llamado Libertador de Guayana y en el que Bolívar tiene una responsabilidad crucial.

Entre 1816, año en el que retorna Bolívar a Venezuela, y 1817 se va gestando el conflicto entre Piar y la élite mantuana por el liderazgo del bando patriota. Algunos historiadores señalan que Piar, quien oficialmente era de origen pardo (aunque existen diversas teorías sobre su origen criollo e incluso noble), también buscaba impulsar igualación de derechos y deberes de los sectores más bajos de la sociedad relegados por los criollos y por eso su enfrentamiento por el poder con Bolívar. Piar fracasa incluso en su pretensión de lograr una alianza con Mariño, histórico rival de Bolívar, para respaldar su bando. Si bien se alegan diversos intercambios entre Bolívar y Piar para asegurar la subordinación de este último, al final fue enjuiciado según el Decreto de Conspiradores de 1813 y condenado a muerte el 16 de octubre de 1817. En este sentido, al final son las regulaciones violentas las que fraguan la canalización de este conflicto que consolida el mando de Bolívar al menos hasta 1826.

Para entonces, las pugnas internas entre los Departamentos de Nueva Granada y Venezuela amenazaban no solo con desmembrar la joven República de Colombia (La Grande) sino en desatar un conflicto interno entre neogranadinos y venezolanos, o incluso entre los propios venezolanos a los que si bien los unía la causa libertadora, no necesariamente la integradora. La potenciación de tensión y de una posible regulación violenta estaba en plena gestación. En este momento aciago Bolívar, quien llevaba más de cinco años en el sur del continente, regresa a Venezuela y escribe a Páez desde Puerto Cabello, el 31 de diciembre de 1826, citando el ejemplo exitoso de la generación de confianza que se produjo entre él y el general realista Pablo Morillo en 1820:

[...] Si yo traigo tropas tengo mil motivos para ello [...] Como mi autoridad no está reconocida en el territorio que Vd. manda, he debido traer conmigo una fuerza necesaria para hacerme respetar, [...] Ahora bien, tampoco quiero la guerra, porque ella matará a la patria [...] Entendámonos, general. Nadie será infeliz, ningún espíritu de partido me guía. [...] Si Vd. quiere venir a verme, venga. Morillo no desconfió de mi lealtad y desde entonces somos amigos [...] (Bolívar citado por Lecuna, 1983: 1486-1487).

Así, en un acto de generación de confianza, y a favor del entendimiento entre los venezolanos, Bolívar potencia sus capacidades para la paz y decreta, el 1° de enero de 1827, una amnistía general por lo ocurrido desde abril de 1826 en referencia al movimiento separatista de La Cosiata y ratifica a José Antonio Páez en el mando civil y militar (Bolívar citado por Lecuna, 1983:2722). Páez, quien ya lo había reconocido como máximo líder a mediados de la segunda década del siglo XIX, responde favorablemente con un decreto en el que se somete a la autoridad del Libertador. Sin embargo, este no sería el triunfo de la paz entre el Departamento de Venezuela y el gobierno central de la república residente en Bogotá, ni sería el fin de los enemigos domésticos. Sería simplemente una regulación pacífica y una mediación dentro del conflicto, más no su resolución. Colombia se desmembraría como república en 1830 y Bolívar, sería desconocido en el mando en ambos departamentos. Curiosamente, la actitud de Páez ante el proyecto integrador de Colombia es, en la historia oficial, la mancha de su legado, el “acto imponderable de traición” al padre de la patria. No obstante, la historia oficial siempre fue más condescendiente con el Libertador a la hora de cuestionarlo por las acciones contra Miranda, Mariño y Piar arriba señaladas. En fin, el culto al héroe incuestionable y no el examen del hombre a través de sus capacidades.

Conclusiones

Deconstruir el relato heroico de Bolívar sigue siendo un desafío para Venezuela. Los efectos de la mitificación de ciertos personajes, así como la satanización o estigmatización de otros, son determinantes en los imaginarios colectivos. Como parte de la historia oficial, el relato del héroe genera un desfase epistemológico entre el momento y la conciencia histórica, es decir, entre lo que realmente hicieron los actores protagónicos de los conflictos de nuestro pasado (y en especial de Simón Bolívar como figura estelar) y lo que la memoria social registra.

Este vicio representa una porción específica de la visión violentológica de la historia oficial, e incluso de alguna historiografía, sobre los conflictos del pasado. Sobre la historia de la Independencia de Venezuela, la concepción de esta disputa como una guerra, simplifica la interacción de diversas regulaciones pacíficas y violentas que generaron su desarrollo y desenlace. La simplificación del relato resalta acciones violentas como heroicas y otras como crueldades; así como acciones pacíficas que pasan desapercibidas. Todo ello dependiendo del personaje y del bando e, inevitablemente, de su relación con el culto a la figura inmaculada de Bolívar.

A partir del Giro Epistemológico, es posible desmitificar a Bolívar como héroe para reconstruir su historia a través del examen de sus capacidades para la paz y la violencia, las cuales potenció en diversos momentos y conflictos entre 1811 y 1830. A partir de allí, es posible deconstruir también la leyenda negra de los villanos de la Independencia y de aquellos patriotas estigmatizados. Adicionalmente, es posible destacar que la mayor parte de los conflictos desarrollados en este período fueron regulados por vías pacíficas, a pesar de la violencia, con lo cual nos distanciamos de la simplificación del relato como guerra. Finalmente, la desconstrucción del relato heroico en torno a Bolívar contribuye a equilibrar el desfase epistémico entre sus acciones reales y su presencia en nuestra conciencia histórica, ayudando a generar un imaginario colectivo más cercano a las capacidades que están presentes en cada uno de nosotros. El héroe se convierte entonces en hombre.

Referencias

ACTA DE LA INDEPENDENCIA DE VENEZUELA

1811 Biblioteca virtual Miguel de Cervantes. [Documento en línea]. Consultado: 5 de agosto de 2017. Recuperado en: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/acta-de-independencia-5-de-julio-1811-o/html/84c4bf1a-ca2c-49bd-9364-dfoe6daf94aa_2.html.

ALFARO PAREJA, Francisco

2008 “Los encuentros de Trujillo y Santa Ana en 1820: Una gran mediación entre patriotas y realistas en el proceso de independencia de Venezuela”, en *Revista Montalbán*, N°. 41:127-141. Universidad Católica Andrés Bello. Caracas.

2014 *El iris de la paz. Paz y conflictos en la independencia de Venezuela*. Castelló, Editorial Cooperació y Solidaritat. Colección Estudios. España, Universitat Jaume I.

CALDERÓN CONCHA, Percy

2009 “Teoría de los conflictos de Johan Galtung”, en *Revista de Paz y Conflictos*, N°. 2:60-82. Instituto de Paz y Conflictos, Universidad de Granada.

CARRERA DAMAS, Germán

1962 “Algunos problemas relativos a la organización del Estado durante la Segunda República Venezolana”, en *El pensamiento constitucional de Latinoamérica: 1810-1830*. Colección Sesquicentenario de la Independencia, Caracas, Academia Nacional de la Historia.

1983 *La crisis de la sociedad colonial venezolana*. 2º edición. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana.

1991 *Boves*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana.

2005 “En defensa de las bases históricas de la conciencia nacional. Esquema para su estudio”, en *Procesos Históricos*, N°. 8. Mérida, Universidad de Los Andes. [Artículo en línea]. Consultado: 5 de agosto de 2017. Recuperado en: erevistas.saber.ula.ve/index.php/procesohistoricos/article/download/9508/9449

2010 “Entrevista”, en *Las Independencias Iberoamericanas en su laberinto: controversias, cuestiones e interpretaciones*, 97-106. Chust Manuel (Coord.). Valencia, Publicaciones de la Universitat de València.

DE ARMAS CHITTY, José Antonio

1992 *Boves a través de sus biógrafos*. Colección El libro menor. Caracas, Academia Nacional de la Historia.

ESTEVEZ GONZÁLEZ, Edgar

2004 *Batallas de Venezuela: 1810 – 1824*. Caracas, Libros de El Nacional.

FRANK, Waldo

2006 *Simón Bolívar: nacimiento de un mundo*. Colección Alfredo Maneiro. Caracas, Editorial El Perro y la Rana.

LARA, Jorge Salvador

1996 *El Gran Mariscal de Ayacucho, precursor del Derecho Internacional Humanitario*. Caracas, Comisión Nacional del Bicentenario del Gran Mariscal de Ayacucho.

LECUNA, Vicente

1982-1983 *Obras de Simón Bolívar*. Caracas, Ediciones de la CANTV.

MARTÍNEZ GUZMÁN, Vicent

2000 “Epistemologías para la paz”, en *Enciclopedia de Paz y Conflictos*. López Martínez Mario (Coord.). Granada, Universidad de Granada, Instituto de la Paz y los Conflictos, Eirene.

MUÑOZ, Francisco A.

2001 “La paz imperfecta ante un universo en conflicto”, en *La paz imperfecta*. Muñoz Francisco A. (Coord.). Granada, Universidad de Granada, Eirene.

2004 “¿Qué son los conflictos?”, en *Manual de paz y conflictos*. Molina Rueda, Beatriz y Muñoz, Francisco A. (Coords.). Granada, Universidad de Granada.

MUÑOZ, Francisco A. y JIMÉNEZ ARENAS, Juan Manuel

2012 “Desfragmentar ó armonizar, al ser humano desde la perspectiva compleja de la investigación para la paz”, en *Recerca: Revista de Pensament i Anàlisi*, N°. 12:61-85. Castellón, Departamento de Filosofía y Sociología, Universitat Jaume I. España.

MUÑOZ, Francisco A., HERRERA FLORES, Joaquín, MOLINA RUEDA, Beatriz y SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, Sebastián

2005 *Investigación de la Paz y los Derechos Humanos desde Andalucía*. Universidad de Granada.

MUÑOZ, Francisco A. y LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario

2000 “El reconocimiento de la paz en la historia”, en *Historia de la Paz: tiempos, espacios y actores*. Muñoz Francisco A. y López Martínez Mario (Coords.). Universidad de Granada, Colección Eirene.

PÁEZ, José Antonio

1990 *Autobiografía del General José Antonio Páez*. Caracas, Ediciones de PDVSA.

PÉREZ VILA, Manuel (Compilador)

1986 *Doctrina del Libertador*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.

QUINTERO, Inés

2003 “II Congreso Internacional: los procesos de independencia en América española”, en *Revista Montalbán*, N°. 36. Universidad Católica Andrés Bello. Caracas.

STRAKA, Tomás

2000 *La voz de los vencidos. Ideas del partido realista de Caracas: 1810-1821*. Caracas, Colección Monografías. Comisión de Estudios de Postgrado. Universidad Central de Venezuela.

2005 *Las Alas de Ícaro: indagación sobre ética y ciudadanía en Venezuela (1800- 1830)*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, Fundación Konrad Adenauer Stiftung.

VALARINO DE ABREU, Verónica

2003 “Apuntes de historia diplomática de Venezuela”, en *Revista Venezolana de Relaciones Internacionales y Política Exterior*. Especial N°. 2. Caracas, Editorial Nuevas Letras y Fondo Editorial Tropykos.